

XII

De D. Serafín de Socobio á D. Fernando Calpena.

Enero de 1842.

Ilustre amigo: Su carta del 12 me alivia del susto que la del 3 me dió, pues veo en ella bien manifiesta la mejoría de su señora madre, que ni aun en ese dulce clima tolera los rigores invernales. Felizmente no es cosa mayor esa dolencia que en tan grande alarma nos puso á los amigos de acá, y doy gracias á Dios por el alivio, pidiéndole que sea completo, y que las aflicciones de usted por este motivo no vuelvan á repetirse. Al propio tiempo allá van mis felicitaciones por lo que me manifiesta respecto al buen giro del interesante asunto de La Guardia, más relacionado con el corazón que con los intereses. También pido á Dios que le acelere el desenlace que ha de colmar sus justos anhelos. Si da Dios la felicidad á quien la merece, bien puede usted decir que ya la tiene en la mano. Cierre usted el puño para que no se le escape.

No resisto á la tentación de dar á usted algunas noticias que con ese negocio se enlazan.

Ha llegado la semana pasada el señor Marqués de Sariñán, que trae el propósito de aprovechar la famosa ley del 2 de Septiembre último, por la cual se declaran bienes nacionales todas las propiedades del clero secular en cualesquiera clase de predios, derechos y acciones que consistiesen, de cualquier nombre y origen que fuesen, y con cualquier aplicación y destino con que hubieran sido donadas, compradas ó adquiridas. Alcanza esta ley á los bienes, derechos y acciones de las Cofradías y Fábricas de las iglesias. Al olor de estas compras acuden terratenientes de los pueblos y logreros de las ciudades. Sigo creyendo que la ley es un despojo inicuo. El de Sariñán no se duerme, y como tiene ahorros, efecto natural del miserable y roñoso trato que se da, será de los que arrebaten con viva mano los mejores bienes de aquellas manos muertas. Allá se las haya con su conciencia. Pues bien: interrogado el señor Marqués por un amigo mío acerca de lo que llamamos el negocio de La Guardia, repitió que pronto quedarían vencidas las dificultades que suscitaba la malicia. Se lo digo para su gobierno, en la seguridad de que usted compaginará las noticias que recibe con las que me da.

Otra incumbencia, además de la compra de tierras eclesiásticas, le trae á Madrid, y de ello

puedo dar testimonio, porque á un servidor de usted se le han encargado las diligencias necesarias para llevarla á efecto. Desea el señor Marqués añadir á sus títulos nobiliarios el de Duque, y consultado el caso conmigo, aconsejé pedir la reválida del ducado de Nuévalos, que en tiempos de D. Pedro V de Aragón perteneció á la casa de Idiáquez, pasando luego por enlaces á la de Lazán, y perdiéndose hacia 1710, por muerte del poseedor D. Fadrique de Lazcoiti y dejación de sus herederos, que se ligaron á la causa del Archiduque y emigraron á Francia. Conforme con mi dictamen el señor Marqués, quedé yo en comenzar las gestiones y en llevarlas con la mayor actividad. Esto me huele á próxima boda. No diga usted esto á nadie, mi buen D. Fernando, que el Sr. D. Rodrigo me ha encargado la reserva.

Dejemos á un lado al noble mayorazgo de Cintruénigo, y vamos con su amigo de usted, de quien al fin puedo darle nuevas, que siento no sean felices... No tiene usted idea, mi señor D. Fernando, de las vueltas que dí por Madrid, ni de las calles y costanillas que tuve que recorrer para encontrar al desdichado Ibero, tarea ingrata, que me ha puesto perdido de los callos, pues hay que ver, amigo mío, la ruindad y abandono de los empedrados de la Villa y Corte

en estos tiempos de Regencia esparterista. ¡Qué Ayuntamiento! Así está todo. Vamos al abismo, si no vienen pronto los *hunos*. ¿Sabe usted quienes son los *hunos*? Pues son los *otros*. *Intelligenti pauca*.

Decía que tropezando aquí y acullá, tomando razones de porteras soeces y de aguadores zafios, dí con Santiago Ibero en una vivienda modestísima de la calle del Limón. ¿Sabe usted dónde esta calle cae? Allá por el cuartel de Guardias, que es donde Cristo llamó, según cuentan, y no le oyeron... Sorprendióse de verme, y lo primero que hice fué hablarle de usted, por cuyo mandato iba yo en su seguimiento y captura. Al pronto pareció no recordar, no digo la persona, pero ni el nombre de usted, de donde saqué la convicción del lastimoso estado de su caletre; pero luego, mi segunda y tercera amonestación le refrescaron los aposentos de la memoria, y se manifestó complacido del recuerdo, añadiendo que no existía ningún amigo que tanto le interesase. Como yo le dijese que era fea ingratitud olvidar á tal amigo y no responder á sus cartas, contestó mil incongruencias: que no tenía tiempo de plumear; que no acertaba con lo que debía escribir á persona tan amada; que sus ideas variaban como unas setecientas veces cada día; que escritas con no

poco trabajo dos cartas, las había roto; que escrita una tercera, olvidada se le quedó en el bolsillo dos largos meses, entre migas de pan y picadura de tabaco.

No es cierto que le hayan concedido la licencia absoluta: la pidió al Regente; pero éste, mejor dicho, el gran mangonsador Linaje, no ha querido dar curso á la solicitud. Está el hombre de cuartel, abominando del servicio militar y de todo lo que sea guerra, fusiles y ordenanza. Causóme no poca sorpresa ver gruesos libros en la mesa del mísero cuarto en que me recibí, y de punto subió mi asombro viendo que eran obras místicas: el *Tratado de la Paciencia* de Malon de Chaide, la *Vida de Cristo* del Padre Nieremberg, el *Evangelio en triunfo* de Olavide, y algo más que no recuerdo. A mis preguntas acerca de sus nuevos gustos literarios, contestó con evasivas. Luego ví que un armario próximo albergaba novelas, algunas traducidas del francés, y me parecieron, por los pocos rótulos que leí, la más abominable literatura del mundo. De paisano vestía el pobre Coronel, cubriéndose casi todo el cuerpo con una luenga bata negra que más parecía sotana, los pies en pantufllos colorados: ni en cuellos ni en puños ví asomos de camisa, *gloriosa nuditas*. Lo más extraño de todo es que en la

frigidísima estancia no había lumbre. Interrogado por mí acerca de este punto, díjome que ignora lo que es frío, que arde su cabeza, y que su corazón es un rescoldo inextinguible. En tanto que con él hablaba, se me iban los ojos por todos los rincones del aposento, buscando rastro de mujeres ó alguna señal de femenino existencia. Ví retratos de escaso mérito, que no representaban ciertamente tipos de hermosura; ví ropas colgadas de clavos y perchas, entre las cuales había prendas de mujer, viejas y sin ninguna elegancia; botas y zapatos de pie breve ví también, ya desfigurados por el uso. Mujer había sin duda, mas era de baja estofa, según las trazas, ó de las que por los caminos de liviandad vienen muy á menos.

Con la discreción más sutil traté de sonsacarle quién era ella y el por qué y el cómo de tal envilecimiento; pero no quiso clarearse, demostrando en ello más marrullería que demencia, y una grande habilidad para eludir las contestaciones concretas. Y luego, exaltándose de improviso, me dijo: «Soy un hombre sin honor, y toda persona que se estime debe huir de mí como de un apestado. No merezco que ningún caballero me dirija la palabra. Caballero fui yo; pero ya no lo soy, ni á serlo volveré.» Y como yo intentara quitarle de la cabeza ideas tan

sombrías, se encalabrinó más, echando tal lumbré por los ojos, que empecé á sentir miedo. Mi turbación llegó á su colmo cuando le ví levantarse súbitamente cual muñeco de resortes, y medir á zancajos la estancia, cogiendo un libro de una parte para ponerlo en otra, y masticando palabras ininteligibles, como quien no está en sus cabales. A toda prisa solté las frases de retirada, y él, apretándome la mano hasta que me hizo ver las estrellas, echóme su despedida en los términos más insólitos: «Le felicito á usted porque se marcha... muy señor mío y dueño... Huya usted, apártese de este hombre indigno... Buenas tardes... Expresiones... Váyase pronto y no vuelva... Aquí manchamos, digo, yo mancho... Conservarse. Me hará el favor de no volver acá.»

Asustado en el momento de despedirme, compadecido cuando salvo me ví en la escalera, bajé con propósito de obedecerle en lo de no repetir la visita. Olvidaba decir á usted que no me salí sin entregarle su carta, y que él la tomó con rápido impulso, y sin mirarla la puso entre las hojas de un voluminoso libro, cuya tapa cerró con estrépito. Me figuro que aquél y otros infolios son el panteón donde yacen sepultadas todas las cartas que el infeliz hombre recibe.

Con que ahí tiene usted todo lo que directamente he podido inquirir del caballero sin ventura, á quien ha hechizado vilmente alguna de éstas á quienes vilipendió Aristóteles llamando á toda la clase *animal imperfecto*. Si por vía indirecta puedo averiguar algo más, no tardaré en comunicárselo. Sé que otros amigos de usted andan en exploraciones por el lado de ciertas familias manchegas y matritenses, y quizás saquen de ello algún fruto... A propósito: me han contado que el protegido del Regente, Marianito Centurión, que de garrochista andaluz pasó á gentilhombre de Palacio, *¡o tempora!* anda por estos sociales laberintos buscando una hembra de buena dote con quien troncarse, sin reparar que sea un espanto de fea. Parece que el hombre ha encontrado su *para cual* en la hija de un D. Bruno, coterráneo de D. Quijote; pero no se lleva mal chasco si la pide en matrimonio y se la dan, pues no es oro todo lo que reluce, ni la riqueza de esa familia es lo que cree Centurión, que ya se tiene por poseedor de media Mancha. Y de una de las chicas he oído que anda un poco descarriada, cosa natural en este Madrid, que á los vicios ingénitos une hoy los que nos ha traído el *progresismo*, conductor de nuevas costumbres y de relajaciones extranjeras. ¿Si será esta oveja chu-

rra, descarriada, la pretendida de Centurión? Me alegraré mucho, para que, sin llevarle gran cosa de dineros, le adorne la cabeza como él se merece y le cuadra muy bien, y así podrá decir que la boda *le sale á mocha por cornada*.

Pasando á otra cosa, mejor enterado estará usted que yo de ese movimiento de Barcelona, del cual dicen que es *democrático-socialista*... ¡Vaya unos términos que vamos sacando ahora! Es lo que nos faltaba: que el desbarajuste esparteril nos trajese también un poco de democratismo, tras del cual veo asomar la oreja del republicanismo, ó sea la disolución social. Por aquí se asegura que el *tío Cromwell*, tan severo con los *caballeros de Octubre*, será blando con los insurrectos de Barcelona, lo que no ha de maravillar á nadie, por aquello de *asinus asinum fricat*. Bueno, Señor, bueno.

En las nuevas Cortes, los más ciegos pronostican grandes tumultos. López y Caballero están haciendo ya los guiños parlamentarios que preceden á la rabiosa oposición. Cortina y Olózaga tiran chinias contra las nulidades del Ministerio, y mi señor Regente no sabe salir del círculo de su tertulia de *Ayacuchos*, ni gasta más ideas que las que allí le suministran. Vamos bien, tan bien que no iríamos mejor si estuvieran en nuestra mano las riendas del des-

gobierno. La situación es consoladora para los leales, y muy recreativa para todos, porque nos deleitamos con las crueles bufonadas de *La Postdata* y de *La Guindilla*. ¡Qué ingenio para las burlas! ¡Con cuánto gracejo y desparpajo escarnece la libertad de imprenta á los que la patrocinan, y qué bien allana el camino á los que reniegan de ella! La prensa, amigo mío, es un perro que no muerde más que á sus amos. ¿A nosotros qué ha de mordernos, si desde el primer día le ponemos bozal? En fin, que sigan ciegos y locos cometiendo torpezas, autorizando escándalos, corrompiendo al país, revolcando en el suelo *el principio de autoridad*, y no tendremos que hacer más que cruzarnos de brazos, hasta que llegue el momento de recoger aquel sagrado principio, roto y sucio en medio de las calles. Y como estará tan puerco, de las manos progresistas, habremos de cogerlo con un papel... que será la Constitución genuinamente *moderada*.

¿Qué tiene usted que decir de esto? ¿Verdad que estoy en lo firme anunciando la catástrofe progresista y el triunfo de los buenos? Y los buenos somos nosotros, Sr. D. Fernando: ya lo verá usted, que también es bueno *en general*, y como tal le reconoce su incondicional servidor y amigo—*Socobio*.

XIII

De Gracia á D. Fernando Calpena.

La Guardia, Marzo, 1842.

Grandísimo badulaque: Te escribo por encargo de mi hermana, que no puede hacerlo hoy con el detenimiento que piden las circunstancias. Como entre Demetria y yo no hay secretos, las órdenes que ella tenía que darte, dóytelas yo, y es lo mismo, ¿sabes? No te enfades por no ver letra de mi hermana. Está buena, y rabian-do porque se nos ha llenado la casa de visitas, y heme aquí encerrada en mi cuarto, con pre- texto de dolor de cabeza, para estar sola y po- der mandarte estos rasgos... Advertirás que ya sé poner las haches: lo aprendí para no hacer mal papel cuando me carteaba con el sér más indigno que hay en la creación, con el que en lo traidor y engañoso te supera... digo, á tí no... En fin, punto final en esto.

Pues verás: dice Demetria que ya es ocasión de que vengas. Luego te diré el cómo y dónde has de presentarte. ¡Ay de mí! Vas á ser feliz, y ella también. ¡Con cuánta pena, con cuánta

envidia lo digo!... No temo pasar por envidio- sa: lo soy, ¿y qué? Cierto que no le quitaría yo á mi hermana ni un pedacito de su felicidad, ni á tí tampoco; pero me duele ver dichosos á los demás, cuando yo me muero. ¡Ay, Fernan- dito, qué desgraciada soy, qué martirios han- destrozado y destrozan el alma de tu hermani- ta! Mis ojos, que eran tan preciosos, tú me lo has dicho, están secos de tanto llorar, y lloran- do he de seguir, pues mi pena no se acaba, me va labrando por dentro y comiéndome las en- trañas; y si no quiero morir me es por esto que nos dicen de que somos eternos... ¡Eternos, y allá también sentiremos las penas de aquí! ¡Eternos ó inmortales, lo mismo da, creo yo, para no hallar consuelo en los siglos de los si- glos!... No, no: más quiero vivir, por ver si es- te dolor se me calma. ¿Qué crees tú?... No me hagas caso. ¿Te acuerdas de cuando nos trajiste de Oñate? Pues ¡ay! si me hubiera muerto yo con mi padre, habríame ahorrado tantos dolo- res, y ahora estaríamos descansando juntitos. . . En fin, dicen que Dios lo dispone todo: yo me conformo; digo, no me conformo, no me da la gana... Sólo que... Francamente, ¿qué saco de no conformarme? Pues padecer más y afilar los cuchillos de mi pena.

Te diré que como no hay secretos entre mi

hermana y yo, he visto las veinte cartas que desde la reconciliación de Samaniego le has escrito, y las diez y nueve contestaciones de ella también han pasado por estos ojitos, que ahora con el llorar se vuelven tan feos. Pues sí: el día que tocaba carta era para nosotros gran fiesta; la guardábamos para leerla á media noche, y cuando llegaba el momento encendíamos nuestra luz, y cabeza con cabeza leíamos con cuatro ojos, y con dos bocas recitábamos tu escritura, niño bobo. ¡Ay, ay, ay, qué lindas cosas le decías á tu novia! ¡Cuántas veces ví que á Demetria se le dilataba el pecho, se le cortaba la respiración, y ni llorar podía! Otra noche, leyendo aquella carta en que le hablabas de tu mamá, y de que tu mayor gloria sería que nosotras la adorásemos, á Demetria y á mí se nos caían á hilo las lágrimas... y luego mojamos tanto los dos pañuelos, que se podían torcer.

Ya puedes estar satisfecho, Fernandito: ¡qué mujer te llevas! Yo creo que buseándolo bien, revolviendo la tierra, se podría encontrar un hombre como tú; lo que no encontrará nadie es otra Demetria, ni aunque la busquen con las antiparras del Padre Eterno; y debo decirte también que si satisfecho estás tú, ella lo está más, porque... ¡Ay, ay! me echo á llorar como

una simple, y los goterones que caen sobre el papel me lo ponen perdido... Espérate un poco.

Sigo: pues te decía que Demetria no cabe en sí de satisfacción; desde que te declaraste por boca de Valvanera, está como chiquillo con zapatos nuevos... Pavonéate, hombre: tu novia te quiere con delirio, y no es esta pasión de ayer ni de la semana pasada, bien lo sabes tú; trae la fecha de nuestro conocimiento: nació en el camino de Aránzazu y se fué criando en esta casa, cuando te tuvimos aquí curándote la herida y dándote tanto mimo. Aunque yo no tenía entonces la reflexión que me han dado después los años, comprendí que mi hermana te quería; mas como ella callaba, yo también. Demetria es muy reservada, y á mí me trataba como á una chiquilla, absteniéndose de confiarme sus pensamientos íntimos. Llegó un día en que dejé de ser chiquilla; también me entró la demencia de amor... ¡ay, nunca lo hubiera hecho!... y entre mi hermana y yo empezaron las confianzas. Yo, por movimiento natural, le contaba todo lo que me ocurría. Correspondiendo á mi sinceridad, me dió á entender Demetria que no eras tú para ella saco de paja, hasta que una noche... Fué cuando los tíos apretaban de firme para que diera el sí al tacaño de Cinruénigo; la pobre no sabía qué hacer, ni cómo

desenvolverse de tal compromiso... Pues una noche de verano, cálida y serena, de esas noches en que no nos llama el sueño ni apetecemos la cama, y gusta una de pasar embobada las horas mirando á las estrellas, nos hallábamnos las dos niñas de Castro en un balcón de casa tomando el fresco, ó esperando el primer fresco que quisiera bajar de la sierra. Yo hablaba como una taravilla, y ella no me contestaba más que con lo que yo llamo suspiros hablados. Ya era muy tarde, ya nos daba en las caras algún soplo fresquecito, cuando ví que mi hermana lloraba, cosa en ella rarísima, pues sabe contenerse como ninguna, y es maestra en disimular sus aficciones... En fin, que allí me abrió las arcas de su alma, confesándome que desde Aránzazu te quiere con pasión grande y avasalladora, y que no puede querer á otro, ni hacer caso de quien le proponga tal absurdo; que aunque le habían dicho que tú también la querías, no podía darlo por cierto mientras tú no te declararas, y que entre tanto, su destino era esperar, esperar siempre, pues ó se casaba contigo, ó con palma la enterrarían. Luego, hablando de mí, Demetria me dijo: «Ya que no pueda ser yo feliz, me cuidaré de que tú lo seas...» ¡Ay de mí!, ahora resulta que ella es la dichosa, y que las desgracias se ceban en mí

como los buitres en la carne muerta. ¡Jesús mío, Virgen del Carmen, Madre del alma, qué desgraciada soy!... No sigo, porque el pecho se me oprime, una mano de hierro me aprieta la garganta, y... Déjame, déjame que lllore todo lo que me dé la gana...

Ya pasó la congoja. Tengo por cierto que me moriré, pronto: no puedo vivir, ni quiero... ¿Para qué vivo yo? Me gusta que se me deshaga el pecho, que agua se vuelva mi sangre, y que me vaya consumiendo hasta que llegue el instante de apagarme como una luz. Me pondrán entre cirios, y me cantarán tristes responsos... Después me enterrarán y... No, no, que enterrada sentiré los pasos de mi hermana y los tuyos, y les oiré á los dos haciéndose fiestas... Ustedes muy felices, y yo enterrada. Francamente, no quiero. Me rebelo, me pronuncio, no quiero... O dichosas las dos ó ninguna... Igualdad pido á Dios, justicia...

¡Pues está esto bueno! Dos pliegos llevo ya, y aún no he dicho lo principal, el cómo y cuánto has de venir á casarte... Déjame que tome aliento, que ya no puedo con mi alma, y la pluma me pesa tres arrobas... Bueno: ya he descansado, y sigo diciéndote que si me vieras, Fernando, no me conocerías: tan desfigurada me tienen los pesares. Mi delgadez aumenta

cada día, y con la mayor facilidad del mundo me cuento toditos los huesos. Padezco toses y desvanecimientos que me ponen á morir; no duermo; como á la fuerza porque mi hermana me vea comer. En fin, hijo de mi alma, que estoy hecha una vieja... No lo tomes á broma. La otra tarde fuimos de paseo mi hermana y yo por el camino de Ávalos, y salió una mujer á pedirnos limosna. No nos conocía; hablamos con ella, y al despedirse le dijo á Demetria: «Dios se lo aumente, y á su señora mamá le dé salud.» La mamá era yo, y bien me señalaba cuando lo decía. Pues creo que aún se quedó corta, pues no ya madre, sino abuela de mi hermana parezco. No le dudes: estoy viejísima y horrosa... Pero ¡ay! no vayas á creer que se me han caído los dientes. Eso no: ¡bonita estaría yo si perdiera los huesos de la boca!... Tampoco se me ha caído el pelo; pero ya no lo tengo ensortijado... Canas, no faltan. Ayer me conté más de doce. Tiempo há que no se ven colores en mi cara; los ojos se me han hecho más grandes, y tengo en las sienes unas arruguitas muy feas, pero muy feas.

Otra cosa tengo que contarte, para que llores ó te rías de mí, lo dejo á tu elección: ya no me entretengo con las palomitas; ya no me cuido de darles de comer ni de limpiarles los nidos;

ni tampoco me paso las horas muertas con los pájaros, alimentando con cañamones á los prisioneros, y con migas de pan á los libres. Los salvajes gorriones, como los verderones y jilgueros, están á la cuarta pregunta por causa de mi pena. Ya mis amigos son los murciélagos; no les cojo ni les doy de comer; pero me gusta acecharles á la hora de ponerse el sol, para verles salir disparados de sus agujeros. Me entretiene seguir su vuelo con la mirada, y parece que observando estos animaluchos, la tristeza se me alivia un poco... Tampoco me verás jugar con los corderos, como antes. ¿Sabes qué animales me gustan más? Pues los burros... Nada me encanta como un borrico chiquitín, cuando va detrás de la madre. Uno hay por aquí tan monín, que ya dan en decir que es mi novio. Le doy muchos besos,  que él me pagó con coces la otra tarde, porque no le dejaba mamar. ¡Qué ingratitud!

Pero yo aseguro que el sér más ingrato del mundo no es el asno, sino el hombre. ¡Ay! los hombres son lo más odioso que ha creado Dios, y *vele* ahí por qué yo les detesto á todos, como á un solo hombre... á todos menos á tí, porque mi hermana te quiere, y porque me consta que la quieres tú. Si no fuera esto, te aborrecería con todo mi corazón. ¿Quieres que te confie un

secreto? Pues mira: el hombre villano que un día me inspiró cariño, y hoy una tan grande aversión que no hay palabras con que yo pueda expresarla, ese hombre, ese miserable, ese vil, me fué simpático, primero, por las cualidades que creí ver en él; segundo, por la sola razón de ser amigo tuyo. Parecíame á mí que el ser amigo del hombre amado por mi hermana era ya un gran mérito... Había pocos, muy pocos que ostentaran un título tan hermoso. Pues por eso le quise, ya ves; por eso exclusivamente no; quiero decir que influyó mucho el ser él tu amigo. Sin que me lo cuente nadie, sé que te ha causado indignación la vil conducta de ese hombre; pensarás que no sólo á mí me ha ofendido, sino también á ti; le habrás arrojado de tu corazón para siempre, cerrándole la puerta, por si quiere, como los ladrones, meterse otra vez dentro. Creerás, como yo, que es mentira todo lo que de él se decía, que ni es valiente en la guerra ni caballero en la sociedad, que no hay en su alma ni chispa de honradez, ni asomos de virtud en nada de lo que hace. En fin, si por acaso le ves, y te dignas descender á cruzar con él una palabra, le dirás que el mundo no tiene bastante anhuera para contener el desprecio que siento hacia él. Así mismo se lo dirás.

XIV

(Continúa la carta de Gracia.)

Ya he llenado otro pliego, y todavía no hemos entrado en materia. Vamos allá. Dice la mujer feliz que ya puedes venir cuando quieras, que cuanto más pronto mejor. Para vosotros es el mundo... ¡ay qué pena!... Adelante: no se te pase por las mientes, hijo, venir á La Guardia, porque aquí estará Doña Juana Teresa todo el mes de Abril, y tu presencia en el pueblo traería no pocos disgustos. Te vienes para acá muy callandito sin decir nada á nadie, y sigues por el Ebro adelante hasta Briones; por allí hay un vado: lo pasas... No, no; cuidadito, que en estos meses suelen empezar las crecidas... Por Dios, no te metas á caballo en el Ebro. Sigues hasta Haro, y de allí te vienes á La Bastida, dos leguas de camino. Avisas á mi hermana desde Zaragoza ó desde Logroño, dirigiendo la carta, como todas, á Nicanor, y fijas el día probable de tu llegada á La Bastida, donde encontrarás á todos los Maltranas, que te aguardan con una docena de brazos abiertos. Valvanera te dará las instrucciones para el res-